



ALGUNOS APUNTES SOBRE VIAJEROS, CLIMA, CATÁSTROFES Y ENFERMEDADES EN EL ALICANTE DE LOS SIGLOS XVIII Y XIX*

Emilio SOLER PASCUAL

Universidad de Alicante

Resumen

Durante los siglos XVIII y XIX, innumerable viajeros españoles y foráneos se pasean por Alicante y son testigos de las adversidades climáticas y de las enfermedades que azotan la provincia en forma de catástrofes o plagas. Todo aquello que observan, les cuentan o les sucede a estos transeúntes quedó perfectamente reflejado en los escritos que nos dejaron. Esta es una pequeña parte de sus vivencias.

Palabras claves: Siglo XVIII, Siglo XIX, Viajeros, Clima, Catástrofes, Enfermedades, Vacuna de la viruela.

Abstract

All along 18th and 19th Centuries, a huge number of spanish and foreign travellers walked around Alicante and they were witness of the climatological adversities and the illness that the city was suffering by catastrophes or plagues. Everything they saw, they were told or happened to them was perfectly reflected in the writings they left us. Here we have a little part of their experiences.

Key words: 18th Century, 19th Century, Travellers-passengers, Catastrophe, Illness, Smallpox vaccine.

INTRODUCCIÓN

De los viajeros que han pasado mil peripecias en su deambular secular por España (innumerables) o han disfrutado paseando por aquí (los menos), casi todos inciden en

* El presente trabajo se inserta en el proyecto de investigación BHA 2002-01551 titulado «Clima, agricultura y sociedad en la España del siglo XVIII», financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia y fondos FEDER.

dos de los aspectos fundamentales de nuestro territorio y que más llaman su atención: la diversidad del clima y del paisaje al que se enfrentan en su recorrido. Unos afrontan el reto de describir estas dos características hispanas, paisaje y clima, desde la razón que les otorgan sus conocimientos científicos y otros, ¡ay!, desde la más profunda ignorancia del que se ha equivocado de trayecto y ha elegido un país atrasado, infradotado con una inexistente red de caminos, transportes y alojamientos.

Opiniones las hay para todos los gustos. Así, el viajero John Chamberlain¹ apunta: «España tiene la belleza de los contrastes. Bajo un sol tropical se recrea la vista en las cumbres cubiertas de nieves perpetuas. Y en pocas horas de ferrocarril se traslada uno desde los naranjales valencianos² o los cañaverales malagueños a las comarcas frías, que sólo pueden dar las producciones de los países del Norte».

Por un lado, ya lo señalaba el aristócrata francés Davillier quien, en compañía del ilustrador Gustavo Doré, viajara por España a mediados del siglo XIX³: «Es difícil imaginar nada más seco, más árido y más triste que los alrededores de Madrid. En lugar de las incontables casas de campo, que se dan tanta alegría y tanta animación a las afueras de Londres y de París, sólo se ve, cerca de la capital de España, sobre todo cuando se llega del Norte, un desierto, en el que enormes piedras, diseminadas aquí y allá, hacen imposible toda especie de cultivo. Estas piedras, cuyo negruzco color aumenta la desolación del paisaje, han hecho que se diga de Madrid que está rodeada de fuego, alusión a las chispas producidas por el sílex de que abundan estos parajes. Podría creerse, en verdad, que un inmenso incendio había pasado por aquí, tan escasa es la vegetación...».

Otro ilustre viajero británico por la España del siglo XVIII, Alexander Jardine, en la misiva XXI de su obra *Cartas de España*⁴, abunda en la escasez de agua en Castilla, no tan sólo por las constantes y pertinaces sequías sino por la falta de infraestructuras: «durante los trimestres de verano y otoño», sino porque «los planes de construcción de caminos y canales para estos fines, de los que tantos se han hablado, no han sido concebidos con ninguna precisión o conocimientos adecuados del tema o del país, y resultan irrealizables en su situación demográfica actual», echando de menos aquellas útiles construcciones romanas que, todavía en el siglo XVIII, mostraban «un sistema muy bueno y sencillo de regar ciertas zonas, mediante la creación de grandes reservas (a semejanza de los lagos) con los afluentes que fluyen de las montañas, construyendo grandes diques en los lugares apropiados y dejando salir después el agua hacia las

1. CHAMBERLAIN, John: *El atraso de España*. F. Sempere y Cía. Valencia, s/f.

2. FONT TULLOT, Inocencio: *Historia del clima en España. Cambios climáticos y sus causas*. Ministerio de Transportes, Turismo y Comunicaciones. Instituto Nacional de Meteorología. Madrid, 1988. pp. 106: «A pesar de las adversidades y contrastes climáticos reseñados, que por lo demás y en mayor o menor grado, constituyen una constante del clima ibérico a través de los tiempos, el balance climático del siglo XVIII resultó muchísimo más favorable que el de los siglos anteriores...»

3. DAVILLIER, Charles: *Viaje por España*. 2 vols. Ediciones Grech. Madrid, 1988.

4. JARDINE, Alexander: *Cartas de España*. Edición de José Francisco Pérez Berenguel. Publicaciones de la Universidad de Alicante. Alicante, 2001.

tierras más bajas a través de pequeños canales». Lo que no puede evitar Jardine es confundir la construcción renacentista del pantano de Tibi con una presa de la época romana: «Este sistema se emplea en Portugal y existen algunas obras romanas de este tipo aún en funcionamiento cerca de Mérida y en Alicante, así como restos de ellas en otros lugares».

Opiniones, las de Davillier y Jardine, puestas en solfa por madame d'Aulnoy, viajera del Barroco que fue elevada a la cima de la fama por su trayecto hispano⁵, tan discutido⁶ por otra parte, y que nos deja una apasionante descripción del clima madrileño: «En cuanto a mí, no puedo creer que exista un lugar del mundo donde haya un cielo más hermoso que aquí, y se ve tan limpio, que no se descubre en él una sola nube, y me aseguran que los días de invierno son semejantes a los más hermosos días que se ven en otras partes. Lo que hay de peligro es cierto viento gallego que procede de las montañas de Galicia; no es violento, pero penetra hasta los huesos y algunas veces estropea un brazo, una pierna o la mitad del cuerpo para toda la vida»⁷. Recordando el dicho popular, 'el aire de Madrid es tan sutil que mata una vieja pero no apaga un candil', la d'Aulnoy nos avisa que es más frecuente en invierno. Los extranjeros lo toman por el céfiro, y están encantados de sentirlo; pero al probarlo conocen su maldad. «Las estaciones son mucho más cómodas en España que en Francia, en Inglaterra, en Holanda y en Alemania, porque sin contar con esa pureza del cielo, que no es posible imaginar todo lo hermoso que es, desde el mes de septiembre hasta el mes de junio no hace frío que no se pueda sufrir sin fuego; eso es lo que hace que no haya chimeneas en ninguna habitación y que se sirvan tan sólo de braseros. Pero es algo afortunado el que careciendo de leña, como pasa en este país, no la necesiten. No hiela jamás más del espesor de dos escudos y cae muy poca nieve. Las montañas próximas la proporcionan a Madrid durante todo el año. Los meses de junio, julio y agosto son de un calor excesivo». Tan excesivo, que el viajero francés Bertaut, haciendo hincapié en las miles de toneladas que anualmente se amontonaban en las calles de un Madrid sin pavimentar, recordara otro gracioso dicho castizo que hacía referencia al aire hediondo de la capital del imperio español: 'lo que en invierno se caga, en verano se traga'.

Opinión ésta, la del buen tiempo madrileño, compartida por el reverendo y políglota George Borrow⁸ quien, en su extravagante viaje por la península ibérica mientras seguía empeñado en editar y divulgar entre los españoles las Sagradas Escrituras de

5. AULNOY, Madame d': *Relación del viaje de España*. Edición de Pilar Blanco y Miguel Ángel Vega. Cátedra. Madrid, 2000.

6. MAURA, Duque de y GONZÁLEZ-AMEZÚA, Agustín: *Fantasías y realidades del viaje a Madrid de la condesa d'Aulnoy*. Calleja. Madrid, s/f.

7. Otro ilustre viajero por la península, Richard Ford (vid. *Las cosas de España*. Prólogo de Emilio Soler Ediciones B. Barcelona, 2004) recoge los célebres adagios populares sobre el clima especial madrileño: «Madrid, nueve meses de invierno y tres de infierno» y «El aire de Madrid es tan sutil que mata a un hombre, y no apaga un candil».

8. BORROW, George: *La Biblia en España*. Prólogo de Emilio Soler Pascual. Ediciones B. Barcelona, 2001.

la cuáquera Sociedad Bíblica británica, abrió en Madrid una librería dedicada a la difusión de tan loable y complejo empeño: «En aquellos días, la primavera estaba ya muy avanzada; las laderas, aunque no las cumbres de las montañas de Guadarrama, habían quedado libres ya de sus nieves. Los árboles del Prado vestían ya todo su follaje y la campiña, en las afueras de Madrid, sonreía feliz. Los calores estivales todavía no habían empezado y el clima era realmente delicioso».

Lo que sí parece seguro es que los viajeros citados anteriormente en su recorrido madrileño no habían leído las cáusticas e irónicas impresiones que dejara el lugar de Aranjuez en otra apasionada y romántica viajera por la piel de toro, la Marquesa de Villars⁹: «Desde mi última carta hemos hecho un pequeño viaje a la sola casa que tiene el rey de España cuando quiere, por algún tiempo, dejar la morada de Madrid. Se llama Aranjuez. Pasa por ser aquí la maravilla del mundo. La situación, por las aguas, es de las más bellas (...) El jardín, que es grande, está rodeado por dos ríos: el uno es el Tajo y el otro es el Guadarrama (sic) (...) De todos modos hay que decir la verdad: ese jardín para España es agradable por la cantidad de fuentes y de árboles que allí hay; porque nada es tan raro en este país como los bosques, por la sequedad del clima (...) Esa morada que parece no ser propia más que para el tiempo de los calores, mortal en verano...»

Mortales calores que también padeciera el galo Alfred Jouvin¹⁰ en el siglo XVII al pasar por Andalucía camino de Extremadura en un insensato viaje realizado en plena canícula veraniega...: «Como los calores son excesivos en España en todas las estaciones del año, ordinariamente se duerme en lo alto de una galería o de una terraza para encontrar allí el fresco y algún poco de viento, que comienza a levantarse al ponerse el sol, pues sin eso no sería posible vivir en España, y principalmente en Portugal y en Extremadura, a donde nos encaminamos». A quien se le ocurre...

Una impresión semejante a la que sintió Alejandro Dumas cuando pasaba por la Mancha, en ruta hacia Cádiz¹¹: «Es un país severo de áridas llanuras. ¡Cómo debió hacer sufrir Don Quijote a Sancho en estos arenales movedizos, cuando las cuatro patas del asno se hundían en estas blandas y ardientes profundidades y faltaba el queso, tan apreciado por el digno escudero, para refrigerio de los dos aventureros!».

Claro que todo esto quedaba empalidecido al leer las gratas impresiones que le causó al cardenal de Retz su itinerario por el País Valenciano del barroco¹²: «Desde Aragón entré en el Reino de Valencia, que se puede decir no solamente que es el país más sano, sino también el más bello jardín del mundo. Los granados, los naranjos, los limoneros forman allí las empalizadas de las carreteras. Las más bellas y las más

9. VILLARS, Marquesa de: *Cartas a la señora de Coulanges*, XVI. *Viajes de extranjeros...* Edición de José García Mercadal. Tomo II. Aguilar. Madrid, 1959.

10. JOUVIN, A.: *El viaje de España y Portugal*. *Viajes de extranjeros*. Edición de José García Mercadal. Tomo II. Aguilar. Madrid, 1959.

11. DUMAS, Alejandro: *De París a Cádiz*. Espasa Calpe. Madrid, 1929.

12. RETZ, Cardenal de: *Memorias, viaje por España*. *Viajes de extranjeros...* Edición de José García Mercadal. Tomo II. Aguilar. Madrid, 1959.

claras aguas del mundo les sirven de canales. Toda la campiña, que está esmaltada de un millón de diferentes flores que halagan la vista, exhala allí un millón de olores diferentes que encantan el olfato...»

No obstante, y como quiera que el motivo de nuestra comunicación quiere versar sobre las experiencias sufridas por algunos pocos viajeros, españoles y extranjeros, por la provincia de Alicante en los siglos XVIII y XIX, y teníamos muchos para elegir, hemos preferido centrarnos en aquellos relatos que opinaron sobre el clima y el paisaje pero, también, sobre las enfermedades y las catástrofes, desgracias, ¡ay!, tan abundantes por aquí.

Clima bonancible

Antes de entrar en materia desagradable sobre el clima estepario, las catástrofes naturales o las enfermedades seculares que azotaron estas tierras, parece imprescindible citar las cálidas impresiones de un viajero galo que, con verbo poético y adulador, no puede menos que rendirse a las bondades climáticas alicantinas. El pintor francés Henri Regnault, nacido en 1843 y formado artísticamente en Italia, es fiel exponente de aquellos viajeros alineados en el movimiento romántico que se pasearon por la piel de toro publicitando las bondades de una tierra atrasada pero que, al fin y al cabo, valía la pena conocer. Al igual que sus contemporáneos y compatriotas Chateaubriand¹³, Víctor Hugo¹⁴, Gautier¹⁵, Georges Sand¹⁶, Dumas¹⁷, Mérimée¹⁸, Davillier y un largo y espléndido etcétera en el que también destacan dos famosos pintores de su misma época que también viajaron por España, como Delacroix¹⁹ o Manet²⁰, el artista galo, que murió de un disparo en la frente en Tánger antes de cumplir la treintena, se entusiasmó con nuestro país. En primer lugar, con la Revolución española de 1868, de la que fue testigo de excepción, ya que según sus propias palabras se realizó sin el derramamiento de una sola gota de sangre, y, desde luego, con el clima de la ciudad ilicitana, tal y como indica en su *Correspondance*²¹, publicada póstumamente en 1872: «Es en este mismo bosque de palmeras desde el que te escribo. ¡Hace una noche maravillosa! Todas las tardes nos bañamos en el mar bajo las doradas miradas de Phoebé, cuando ella quiere hacernos el honor de aparecer. Ahora, aunque la luna no está presente el mar sigue fosforescente,

13. CHATEAUBRIAND, François René de: *Itinéraire de Paris à Jerusalem en revenant par l'Egypte, la Barbarie et l'Espagne*. París, 1811. 3 vls.

14. HUGO, Víctor: *Los Pirineos*. Olafeta Ed. Barcelona, 1985.

15. GAUTIER, Théophile: *Viaje a España*. Edición de Jesús Cantera. Cátedra. Madrid, 1998.

16. SAND, George (Aurore Dupin, Baronesa Dudevant): *Un invierno en Mallorca*. Poseidon. Madrid, 1943.

17. DUMAS, Alejandro: *De Paris a Cádiz*. Prólogo de Juan Francisco Fuentes. Sílex. Madrid, 1992.

18. MÉRIMÉE, Prosper: *Viajes a España*. Prólogo y notas de Gabino Ramos. Aguilar. Madrid, 1988.

19. DELACROIX, Eugène: *Journal*. Présenté par André Joubin. Plon. Paris, 1932.

20. MANET, Édouard: *Édouard Manet. Voyage en Espagne*. Textes établis et annotés par Juliet Wilson-Bureau. L'Echoppe. Caen, 1988.

21. RÉGNAULT, Henri (Alexandre-Georges): *Correspondance*. Charpentier. París, 1872.

de manera que cada uno de nuestros movimientos hace nacer allí miles de constelaciones: hay instantes donde creo nadar en la Vía Láctea. ¡Éste es un maravilloso lugar! Es ya África. Los nopales nos son familiares y desde hace tres semanas nos alimentamos de frutas deliciosas que deben descender en línea directa de los mismos que brotan en la tierra prometida...»

Opinión compartida, aunque en forma más lacónica y, desde luego, menos poética, por Henry Swinburne. Este curioso impertinente británico, afortunada definición que hiciera el hispanista Ian Robertson²² sobre los viajeros británicos que se pasearon por España durante los siglos XVIII y XIX como homenaje a los transeúntes de la pérfida Albión que, aburridos y encorsetados, casi todos, en la placidez del Peñón de Gibraltar, decidieron estirar sus largas y pálidas piernas por la atrasada piel de toro. Henry Swinburne, nacido en Bristol en 1743, estudió en París, Burdeos, Viena y Turín, visitó España en 1775 acompañado de su amigo Sir Thomas Gascoigne. La narración de sus impresiones hispanas quedó, claro, recogida en un libro, *Travels through Spain*²³, redactado, como muchos de la época, en forma epistolar y que tuvo varias reediciones en su país, incluso con títulos diferentes²⁴.

Como quiera que no tenemos a mano ninguna edición inglesa de su recorrido (nunca se ha traducido al castellano, al menos que sepamos), deberemos seguir las peripecias de «este joven pequeño y bien criado, modesto y agradable, ni sesudo ni pesado», tal y como lo definiera Ian Robertson, en función de las anotaciones que hemos recogido de ilustrados viajeros españoles, como Antonio Ponz²⁵ y José Nicolás de Azara, muy críticos, por otro lado, con las «fabulosas inexactitudes» del inglés. También, además de Robertson, seguimos atentamente las indicaciones de Ana Clara Guerrero²⁶, Consol Freixas²⁷ y de Antonio Pérez Gómez²⁸ sobre el deambular de Swinburne por España.

Nicolás de Azara, que se deshizo en atenciones con el inglés, quedó profundamente decepcionado por su ingratitud ya que Swinburne adoptó en su obra un desdeñoso silencio sobre cuantos asuntos meritorios se topó en España. Para que se vea el enfado monumental de Azara basta citar un párrafo de su introducción a la obra de Bowles²⁹: «A fin de que Inglaterra no se ensoberbeciera demasiado por haber nacido en su tierra personajes como Locke, Addison y Cook, le deparó Dios el que en ella viera también la luz Enrique Swinburne...» Un Swinburne que, créanselo, era un hombre culto y refinado, acostumbrado a vivir en varios países (dejó escritos otros libros de viajes) y

22. ROBERTSON, Ian: *Los curiosos impertinentes*. Ediciones del Serbal/CSIC. Barcelona, 1988.

23. SWINBURNE, Henry: *Travels through Spain in the years 1775 and 1776*. Samuel Henley. London, 1779.

24. *Views in Spain* (London, 1794) o *Picturesque Tour through Spain* (London, 1806).

25. PONZ, Antonio: *Viaje de España*. Aguilar. Madrid, 1947.

26. GUERRERO, Ana Clara: *Viajeros británicos en la España del XVIII*. Aguilar. Madrid, 1990.

27. FREIXAS, Consol: *Los ingleses y el arte de viajar*. Ediciones del Serbal. Barcelona, 1993.

28. PÉREZ GÓMEZ, Antonio: «Murcia en los viajes por España», II, en: *Murgetana*. CSIC/Academia Alfonso X el Sabio. Nº 13. Murcia, 1960.

29. BOWLES, Guillermo: *Introducción a la historia natural, y a la geografía física de España*. Madrid, 1775. reedición facsímil de Ediciones del Poniente. Madrid, 1982.

perfecto conocedor de la sociedad ilustrada de su época. Entre sus amistades se contaban, nada más y nada menos, que las reinas María Antonieta de Francia y María Teresa de Austria, además del monarca Fernando IV, rey de las Dos Sicilias.

En la carta XVI, de las cuarenta y cuatro que componen sus *Travels...* sobre España, el noble inglés escribe desde Cartagena, con fecha 15 de diciembre de 1775 y en la posada 'Águila de Oro', propiedad de un francés, y que le parece el mejor de los alojamientos que ha conocido en España. En esta misiva, Swinburne nos cuenta que había llegado a Alicante, donde fue recibido hospitalariamente por la comunidad inglesa, «que vivía con una elegancia que no se esperaba encontrar fuera de una capital». Eso sí, en la ciudad no existían «edificios ni calles que la hagan recomendable». Marchó de Alicante el 12 de diciembre de 1775 «llevando consigo unas cuantas botellas de vino tinto» y prometiendo al destinatario de sus cartas que al abandonar España le acompañaría una completa colección de muestras de los mejores vinos españoles, y que «por mucho que le complicara su equipaje, lo toleraría bien porque se había acostumbrado a tener que viajar con una bastante voluminosa impedimenta». Ni que decir tiene que, al igual que a la mayoría de sus compatriotas que pasaron por aquí, las posadas y ventas alicantinas le parecieron de «pésima calidad», sin posibilidad «de encontrar en ellas ningún alimento digno de ese nombre y si acaso algún huevo pero a precios inasequibles». No le parecieron mucho mejor las condiciones de habitabilidad de los alojamientos: «ventanas sin cristales y aun sin papeles, y puertas cerrando mal, si alguna vez cierran, quedando el viajero, aun dentro de su habitación, como a la intemperie sin la menor protección contra el viento y la lluvia». Y, por si faltaba algo, muy caras: «no es explicable lo que cobran a no ser que cobren por el ruido que se hace» Y es que, según Swinburne, «en estos albergues, lo que con optimismo llaman los venteros dormitorios se encuentran demasiado cerca de las cuadras y el ruido que las bestias hacen en ellas supone una verdadera tortura porque impide conciliar el sueño...» Henry Swinburne, sin embargo, encuentra algo positivo en su corta estancia alicantina: «el clima dulce y suave, la bonanza del tiempo, sin inclemencias, que hace tolerable para el viajero las incomodidades y las privaciones». Menos mal.

Paisaje y naturaleza

Josiah Tucker, un obispo anglicano que cultivó el género de libros de viajes en el Londres dieciochesco, recordaba en sus *Instructions for travellers* (1757) que los visitantes deberían atesorar convenientemente en sus trayectos por países foráneos una orden de observación y estudio que les permitiera analizar las causas naturales, como el suelo y el clima; las causas artificiales, como la agricultura, los abonos, las nuevas técnicas y herramientas agrarias; y finalmente, claro, las causas políticas y religiosas de esas naciones que visitaban y que, a buen seguro, ya radicados en su comfortable cottage, les permitirían escribir una extensa obra de centenares de páginas.

La naturaleza, pues, interesaba al editor, siquiera fuera a niveles colaterales. Pero no todos los viajeros británicos dieciochescos o románticos que pasaron por España estaban realmente preparados para efectuar estudios, siquiera superficiales, de este

nivel. Los que se atrevieron no pasaron, tan sólo de bosquejar sus observaciones con datos relativos a la geografía y a la botánica de escaso calado, todo hay que decirlo. Y es que ya lo señalaba en tono serio el escritor Samuel Johnson³⁰ a un contertuliano que, con toda la buena fe del mundo, le inquirió acerca de los paisajes que había contemplado en su deambular por la dulce Francia: «Mi querido amigo, una hoja de hierba es siempre una hoja de hierba, tanto en un país como en otro. Si queremos conversar, hablemos de algo que tenga sentido. Los hombres y las mujeres son el objeto de mi estudio, para ver si los que voy a encontrar difieren en algo de los que he dejado allí».

No obstante, algunos sí se atrevieron con lo del paisaje. Uno de ellos fue John Talbot Dillon, parlamentario irlandés que había recibido de manos del emperador austriaco José II el título de barón libre del Sacro Romano Imperio por sus servicios a favor de los católicos. En uno de sus viajes a España, al menos tenemos referencias de tres de ellos, había leído la obra de William Bowles, irlandés al servicio del monarca Fernando VI, *Historia Natural y Geografía Física de España*³¹. Dillon, ni corto ni perezoso decidió sacar una edición de la misma para el mercado inglés. Sin embargo, no se limitó a traducirla sino que la adaptó, al considerarla un tanto aburrida para el lector no versado en la geología e incluyó textos de su propia cosecha. El resultado de este híbrido fueron sus *Travels through Spain with a view to illustrate the Natural History and Physical Geography of that Kingdom*, obra publicada en el Londres de 1780 y reeditada con prontitud ya que resultó muy bien acogida por el lector, llegando a traducirse, incluso, al alemán, y a la que seguirían otros textos de carácter histórico o literario sobre España, como sus *Letters from an English traveller in Spain, in 1778...*³², donde narra su encuentro con el «instruido y cortés Gregorio Mayans, antiguamente bibliotecario del rey».

El texto de esta obra se estructura en forma epistolar, como su nombre indica, y posee como ejes narrativos los viajes de Madrid y Andalucía. El trayecto le sirvió como pretexto para intercalar temas variados, dentro de lo que entonces se conocía como «historia natural». Dillon escribirá sobre cuestiones tan dispares como el gabinete de Historia Natural de Madrid, los jardines de La Granja o el futuro Canal de Castilla. En su desplazamiento hasta Alicante nos describió los alrededores de la capital: «Una sierra de montañas de mediana altura son perceptibles en Alicante, extendiéndose desde Murcia, formando un semicírculo de dos leguas de extensión desde la ciudad, encerrando un hermoso valle e incluyendo la huerta, bella plantación llena de viñedos, que están obligados algunas veces a regar...» Y continúa el barón irlandés describiendo las inmediaciones paisajísticas de la ciudad: «Un manantial llamado Fuente Caliente mana

30. BRONSON, B. H.: «Johnson traveling companion, in fancy and fact», en: *Johnson and his Age*. Harvard English Studies, 12, Cambridge, 1984.

31. BOWLES, Guillermo: *Introducción a la historia natural, y a la geografía física de España*. Madrid, 1775. edición facsímil por Ediciones Poniente. Madrid, 1982.

32. Edición de R. Baldwin en el Londres de 1781.

de esa parte de la montaña, y riega las tierras pertenecientes a la casa del fallecido Almirante don Jorge Juan, tan bien conocido por la gente nacida en Novelda»³³.

Y hablando de montañas cercanas a la ciudad alicantina, no podemos dejar de citar la referencia al monte Benacantil, descrita en la obra del hermano mayor de Alejandro de Humboldt, el famoso viajero. Wilhelm, un verdadero apasionado por el idioma euskera y que emprendió viaje por España a mediados de 1799³⁴, nos dejó constancia de su estancia en Alicante; acompañado del cónsul prusiano nos alertó sobre una hipotética catástrofe sobre la capital: «Junto a la ciudad está el castillo que ofrece una vista amplia, aunque no muy bonita, sobre el mar. El camino que sube hasta él es bueno y ha sido construido en parte por prisioneros franceses que se han capturado como corsarios. En una guerra, pienso que en la de Sucesión, en la que el fuerte fue asediado por los ingleses, hicieron éstos una gran mina, avisando de ello al comandante asediado. Éste envió a un oficial para que lo comprobase, quien no consideró que pudiera hacer mucho daño. Cuando el comandante estaba comiendo, explotó la mina y él y toda su compañía saltaron por los aires. Desde entonces la roca es extremadamente quebradiza. Hace unos años se desprendió una roca enorme sobre la ciudad. A juzgar por su enorme tamaño, habría tenido que causar muchos destrozos y haberse llevado un sinnúmero de casas por delante. Extrañamente se paró al topar con un pequeño obstáculo y posteriormente fue despedazada y eliminada. Esta salvación se consideró un milagro y desde entonces en este día se abre al público el fuerte, al que, por lo demás, nadie puede subir ni acceder sin permiso del comandante. Para evitar que pudiera provocarse un caso semejante por la detonación, actualmente no se permite disparar nunca cañones desde el fuerte».

La fuerza del viento

De sobras es conocida la intensidad con que, a menudo, suele soplar el viento por nuestra provincia. Una buena muestra de ello la dejó el botánico Pierre Boissier, nacido en Ginebra, estudiante en París y discípulo de Barker Webb, quién ya había recorrido Andalucía en 1827. Boissier recorrió gran cantidad de países como España, Argelia, Grecia, Siria, Egipto, Australia y un largo etcétera, reuniendo en sus andanzas uno de los mejores herbarios de Europa. Los expertos en la obra de Boissier destacan, especialmente, su aportación a la botánica española en su obra en dos volúmenes, *Voyage botanique dans le midi de l'Espagne pendant l'année 1837* (Paris, 1837-45)³⁵, en la que describió un catálogo de 1.900 especies de las cuales 236 se dieron a conocer al mundillo científico por primera vez.

33. DIE MACULET, Rosario y ALBEROLA ROMÁ, Armando: *La herencia de Jorge Juan. Muerte, disputas sucesorias y legado intelectual*. Publicaciones de la Universidad de Alicante. Alicante, 2002.

34. HUMBOLDT, Wilhelm von: *Diario del viaje a España. 1799-1800*. Edición de Miguel Ángel Vega. Cátedra. Madrid, 1998.

35. BOISSIER, Charles Edmond: *Viaje botánico al sur de España durante el año 1837*. Estudio preliminar de Manuel Pizzi. Universidad de Málaga. Granada, 1995.

Boissier comienza su periplo español en los últimos días de marzo de 1837. El 1 de abril se embarcaba en el vapor «Phocéén», en el puerto de Marsella, arribando pocos días después a Valencia. Allí, tras visitar la ciudad, el botánico encontró pasaje en un llaud que salía para Cádiz. Tras pasar por Denia y doblar el cabo de San Martín, los viajeros se enfrentaron a una noche tempestuosa en la que el balanceo del barco les hizo estar toda la noche en vela y con el estómago algo más que revuelto. Por fin, el pequeño barco pudo guarecerse en una «pequeña cala protegida por el Peñón de Ifach», en el que pasajeros y marineros, completamente exhaustos, decidieron esperar allí a que se calmara «el maldito poniente». Esa jornada la aprovechó el botánico suizo para herborizar por la zona. Al día siguiente, «y como el poniente continuaba soplando con la misma intensidad», Boissier se decide a recorrer el Peñón, «donde esperaba encontrar nuevas riquezas».

Pero, sin duda, es el clima desértico de nuestra provincia el que acapara mayores comentarios de los viajeros que osaron pasear por estas abrasadas tierras. Así, George Alexander Hoskins, nacido en 1802 y fallecido en Roma en 1863. Viajó por España, Grecia, Egipto, Etiopía e Italia, donde se quedó para siempre jamás. En su itinerario hispano, «*Spain as it is*», (Londres, 1851), siempre acompañado por su criado, llevaba consigo como libros de cabecera las obras de Richard Ford sobre nuestro país. Al abandonar la ciudad de Alicante y aproximándose a Elche, su ánimo quedó sobrecogido ante la triste visión que se le ofrecía: «un desierto sin la grandeza de un desierto, porque por doquier existen huellas de la mano del hombre en unas tierras tan cuidadosas como penosamente cultivadas, pero tan amarillas como pueda serlo el Sahara». Cuando dice adiós al vergel ilicitano, camino de Orihuela, vuelve a encontrarse con la apabullante realidad de un lugar inhóspito: «Nada hay tan triste como estas tierras reseca y que sólo precisan del agua para ser las más ricas del mundo. Las nubes, frecuentes en el cielo, son miradas con ansia y codicia por los labradores que ven, con tristeza, como pasan para descargar lejos, o como se limitan a leves lluvias que alegran la tierra, por escasas horas, para dejar surgir, bien pronto de nuevo, el polvo arenoso semejante al de los desiertos de África³⁶».

Clima y paisaje desértico

François Peyron, traductor, historiador y diplomático francés dejó constancia de su viaje por España en dos volúmenes publicados en Ginebra, *Essais sur l'Espagne*.

36. Inocencio Font, en su obra ya mencionada *Historia del clima de España*, comenta el período de sequías en el País Valenciano a comienzos del siglo XIX: «las sequías fueron más generales, aunque fue en la vertiente mediterránea donde adquirieron mayor virulencia, ocasionando una grave carestía de alimentos en Levante...». Y, más adelante, señala: «También en Levante los años 1868 y 1869 fueron secos, siendo los heraldos de un período de siete años de sequedad (1872-1879), que fue especialmente severa en su segunda mitad, que causó estragos en el campo, sobre todo en la provincia de Valencia, donde ha pasado a la historia como «la seca dels quatre anys», y que sino por su extensión al menos por su duración, fue la más importante del siglo XIX en el conjunto del territorio peninsular» (pp. 111).

*Voyage fait en 1777 et 1778...*³⁷, obra que debido a su enorme éxito tuvo que ser reimpressa dos años después en París y Londres. Nacido en la francesa Aix en 1748 y fallecido en la ciudad india de Goudelour en 1874, era, según sus propias palabras un enamorado de España. Durante su estancia en nuestra provincia pasó por Alcoy, Alicante, Elche y Orihuela, antes de dirigirse a Murcia. Entusiasta de las corridas de toros, no se perdía ninguno de estos festejos allá por donde pasara. En Alcoy no parece que pudiera entusiasmarse con ninguno de los dos famosos matadores que rivalizaban por el favor de los aficionados, Romero y Costillares, pero nos dejó alguna interesante descripción sobre el panorama que contempló en su viaje en diligencia desde Xátiva hasta la ciudad del Serpis y que habla bien a las claras de la impresión que tan desértico paisaje le causó mientras aquel coche menudo y descubierto se bamboleaba a causa del viento y de los pésimos caminos: «las sendas que les fueron dadas a España desde el tiempo de la creación: grava hasta el eje de las ruedas y un desierto inmenso lleno de esta planta alta, espinosa y robusta que se llama pita en la región». El francés, atraviesa la sierra de Mariola en un trayecto agotador, «siempre a través de pedregales, cauces secos y bloques de roca desgastados por la acción de las ruedas de los carruajes...»³⁸

Continuando con el clima desértico y estepario, tan nuestro, no podemos dejar de traer aquí la opinión de James Hugues Rose. Este capellán que ejercía en Jerez y Cádiz y era, al mismo tiempo, corresponsal del «Times» publicó dos libros sobre nuestro país. El primero, *Untrodden Spain and her black country* (Londres, 1875) y el segundo, editado como *Among the spanish people* (Londres, 1877), donde el metodista inglés señala, a su paso en diligencia por la provincia de Alicante, «que el terreno es árido, llano, seco, salvo algunas pequeñas manchas de viñedos y reducidas plantaciones de higueras y granados. Alrededor de las casas de labor, olivos, melocotoneros y algarrobos, pero en número escaso». Tras pasar por Orihuela, Rose se muestra explícito: «que el viajero no espere encontrar en ella ni la hermosa vegetación de las regiones inglesas de clima húmedo, ni la lujuriante y exuberante de los trópicos y de los países sudamericanos». Y es que en las comarcas españolas del Sur y del Levante, y algunas del interior, «por muy bien dotadas de agua que se encuentren, nada existe en materia de hermosos árboles, selvas o bosques». Asegura el clérigo inglés que en el ardiente clima de esta zona, «cuanto nace en la tierra, salvo las palmeras, son árboles bajos, achaparrados, raquíuticos». Pero, de repente, el viajero inglés cruza por la Vega Baja ya con la oscuridad cerniéndose sobre los campos, tan sólo iluminados por una fuerte tormenta en cielo negro, con «pesadas gotas de lluvia y cegadores relámpagos que iluminan las pardas colinas y entenebrece la noche abriñena».

37. PEYRON, Jean-François: *Essais sur l'Espagne et Voyage fait en 1777 et 1778, où l'on traite des Moeurs, du Caractere, des Monuments anciens et modernes, du Commece, du Théâtre, de la Legislation des Tribunaux particuliers à ce Royaume*. Genève, 1780. 2 vls.

38. Inocencio Font, en la obra ya mencionada, indica al respecto: «Aunque la sequía constituya uno de los aspectos más sobresalientes del clima de la Península e indudablemente de mayor impacto ambiental en el quehacer de sus habitantes, hasta el punto de constituir una constante de su historia, su protagonismo varía notablemente según los distintos períodos climáticos y regiones...» (pp. 131).

Aunque para que los alicantinos pudieran defenderse de las tormentas eléctricas que, de repente, hacían su aparición en nuestro cielo, nada más práctico que seguir los consejos de Augustus Hare. Este caballero inglés, aunque romano de cuna ya que su madre tuvo el capricho de que contemplara sus primeras luces en la capital del Tiber, nació en 1834 y falleció en 1903. Escribió algunos interesantes libros de sus correrías por Roma, Venecia y Florencia, no cejó en sus empeños viajeros dejando constancia escrita de sus visitas a Holanda y, sobre todo, a Rusia. En su obra, *Wandering in Spain* (Londres, 1873), reeditada en varias ocasiones, el viajero avisa a sus lectores de que España es un país de agudos contrastes: «en un clima donde el viajero puede encontrar el Monasterio en las cumbres escarpadas de Montserrat hasta el oasis de palmeras de Elche». Aquí, a Elche, precisamente, queríamos llegar. Durante el trayecto hasta la ciudad de las palmeras, Hare estima «que el viento sopla deliciosamente sobre la vasta llanura que atraviesa». Conforme la diligencia se acerca a Elche, el viajero va reconociendo un paisaje inigualable: «una apretada línea de palmeras que se elevan hacia el cielo y, conforme se acerca la diligencia, se transforma en un verdadero bosque. En el aire, de gran transparencia y claridad, se dibuja su silueta...» En sus paseos, el inglés contempla «la profusión de palmeras en los alrededores, en el centro de la ciudad, en el lecho y en las márgenes del profundo barranco del casi seco Vinalopó». Finalmente, el viajero británico nos recuerda que algunas palmeras machos les son atadas sus copas para blanquear la palma y dedicarlas a ser usadas en las procesiones del Domingo de Ramos. Finalizada tan importante misión, las palmas se atarán a los balcones de las casas, «como segura defensa contra el rayo, resultando más barata que un pararrayos».

Catástrofes naturales

Las catástrofes que solían suceder en la provincia alicantina no sólo se limitaban a los terremotos, como luego veremos. Son abundantes las referencias a las riadas que, periódicamente, coincidiendo con el fin del verano y el comienzo del otoño, asolaban, y asolan, las poblaciones. Como muestra, el testimonio de un viajero español, Carlos Beramendi y Freyre que, en su recorrido por España³⁹, siguiendo instrucciones del rey Carlos IV, no dudó en acercarse hasta Alcoy, «la ciudad industrial más importante del Reino», en 1794 para dejar constancia de la situación económica de la ciudad del Serpis, ya famosa por sus fábricas de tejidos y sus molinos de papel: «En el año de 1786 contra la voluntad de todos los vecinos, se fabricó un puente de piedra para el uso del camino de Madrid, el que se arruinó casi del todo con la avenida del siete de septiembre del año próximo pasado de 1793⁴⁰. En la noche de dicho día, se llevó también

39. SOLER PASCUAL, Emilio (Edición, introducción y notas): *El País Valenciano a fines del siglo XVIII*. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante, 1994.

40. A pesar de los desastres ocasionados por esta riada, el profesor Font Tullot, en su *Historia del clima en España. Cambios climáticos y sus causas*, no hace mención de este acontecimiento cuando repasa las grandes riadas sucedidas en la cuenca del Turia durante esas fechas, en las que destaca las de septiembre del año 1791 y la de 1795.

el río la mayor parte los batanes, y tintes, y molinos de papel, dejando muy arruinados los demás cuya pérdida ascendió en los molinos de papel a ochenta mil pesos; en la fábrica de paños, a cuarenta y cinco mil; pero con los auxilios, que S.M. se ha dignado conceder, que consisten en el importe del año del equivalente de esta villa por un año y los sobrantes de sus propios, por tres, y con algún dinero de sus dueños, se han vuelto a fabricar casi todas estas obras...» El futuro intendente de Ejército Carlos Beramendi, cuyo trayecto por España tenía unos objetivos claramente económicos, siguió explicándose sobre las ventajas y perjuicios que acarrearía a la población alcoyana la construcción de un nuevo puente o la reconstrucción del derruido por la tromba de agua: «En el día se trata de su recomposición, pero todos se oponen de nuevo, porque han visto el perjuicio que se les sigue, tanto en la agricultura, como en los transportes pues a causa de estar en un hondo tienen los carreteros que bajar y subir con mucho riesgo para entrar en Alcoy, aumentando el porte de las conducciones una tercera parte más por esta causa; cuyos perjuicios se evitaban fabricando dicho puente un poco más arriba, pues además de la ventaja que se seguiría a la agricultura, y comercio por ser un terreno llano, aumentaría la población de Alcoy otro tanto más (de lo que hay grande necesidad) pues por no haber sitios para construir casas, se ven precisados a edificar en terrenos poco firmes a la orilla del río, siguiendo con las continuas humedades, ruinas inevitables, de forma que yo he presenciado el tener que abandonar una calle casi entera por estarse cayendo sus casas: y no hay otro paraje absolutamente en donde dilatar la población, que el que llevo dicho».

Inundaciones a las que también se refiere la viajera británica Elizabeth Vassall Fox, más conocida por su nombre de casada, lady Holland. Este matrimonio inglés, que ya habían visitado la península en 1793, habían decidido pasar el invierno de 1802 en España, estancia que se prolongaría hasta 1804. Lady Holland escribió un diario de sus viajes por aquí, aunque no fue publicado hasta 1910⁴¹. Tras pasar por Orihuela, donde observó a un buen número de ciegos, dolencia que se creía causada por la viruela y que veremos un poco más detallado en el apartado de *Enfermedades*, pasaron al reino de Murcia. Al llegar a Lorca, Elizabeth deja constancia escrita que la importante ciudad sufría todavía los efectos de la devastación sufrida por la rotura de una presa acaecida un año antes de su llegada, inundación de tierras que había que provocó grandes destrozos y un elevado número de víctimas. Al decir de la inglesa, los habitantes del lugar temían una repetición del desastre y afirmaban que el ingeniero del pantano, Antonio Robles, «tenía amigos muy poderosos» que velaban por él. La señora Holland abundaba en su relación que, «como ocurriera ya antes, y ocurriría de nuevo, los ministros fueron llevados a engaño, y los proyectos adoptados sin debida consideración, y las consecuencias resultaron, por desgracia, lo que cabía esperar». También relataba la viajera británica que muchos de los donativos destinados a aliviar la desgracia de las

41. VASSALL FOX, Elizabeth: *The Spanish Journal*. Existe una edición en catalán publicada por el Consell Valencià de Cultura que refiere su paso por tierras valencianas con una espléndida edición de Mariano Casas: *L'itinerari valencià de Lady Holland*. València, 2003.

innumerables víctimas continuaban en Madrid, al tiempo que se concedían indemnizaciones a muchos propietarios, «incluso a varios cuyas propiedades no habían sufrido daño alguno».

Como quiera que son bastantes los viajeros, esencialmente ingleses, que visitaron la comarca de la Vega Baja para comprobar la magnitud de los temblores de tierra que sufriera a través de los siglos XVIII y XIX esta comarca, no podemos por menos de traer aquí un opúsculo anónimo publicado en la Murcia de 1832 que describe con pelos y señales el desastre que sacudió la parte más meridional de la provincia alicantina tres años antes. El librito, que apenas cuenta con treinta páginas, lleva por título *Novena en honor del glorioso mártir San Emigdio, obispo de Asculi, especial abogado contra los terremotos; dispuesta para hacerla en la Santa Iglesia Catedral de Orihuela y sus Diócesis*».

En la introducción del anónimo impreso se hace constar con claridad que la devoción al «glorioso San Emigdio, venerado desde muy antiguo como Abogado especial contra el terrible azote de los Terremotos», se fue propagando conforme los temblores de tierra hacían añicos nuestro país. El texto asegura que «como habían pasado siglos sin que se hubiese sufrido en España sino muy pocas veces y sin estragos considerables, se tenía poca noticia de nuestro Santo y de su especial protección». Y es que de algunos santos tan sólo nos acordamos cuando truena... Bien. Siguiendo con la *Novena*..., la devoción al santo no fue conocida por el vulgo «hasta el año 1755, y acaso lo fue mucho después en esta Diócesis de Orihuela». Al parecer, fue Almoradí el pueblo pionero en el reconocimiento al protector contra los terremotos cuando en 1801 se levantó un altar en su honor tras haber temblado la tierra, de nuevo, ese año. Precavidos que fueron aunque, como luego veremos, no les sirviera de mucho.

Y, desde luego, lo que no pudo evitar la protección de este santo, muy probablemente por su escasa popularidad y devoción entre los creyentes de la vega Baja, fue el desastre de 1829: «Día triste y espantoso; día de calamidad y de miseria». En uno de los más terroríficos temblores de tierra que han soportado los estoicos habitantes del Bajo Segura, «dejaron de existir Almoradí, Benejúzar, Torrevieja, Guardamar, Formentera, Rafal y Torre la Mata, y no se hallaron ya entre el número de los pueblos. Se convirtieron en sepulcros no sólo de muertos, pero también de los vivos: Más de cuatrocientos hubo sólo de aquellos, la mayor parte en Almoradí».

La descripción de aquel día horrendo viene cruelmente descrita en la *Novena*...: «El hambre, la sed, la fatiga, el cansancio, la languidez, el miedo, el terror, el espanto, la inclemencia, el dolor, las heridas, las fracturas de miembros, la muerte; todo se veía y padecía junto, y lo padecían todos los desgraciados habitantes de aquellos pueblos. Muchos de ellos muertos, y también vivos, sepultados debajo de las ruinas». Además, otras poblaciones sufrieron las múltiples calamidades que se padecieron a causa del temblor maligno: «La villa de Dolores, San Fulgencio, Benijófar, San Bartolomé, Las Dayas, San Miguel del Campo Salinas, Caserío de los Marqueses, y de Algorfa, fueron arruinadas en la mayor parte, y hubo también algunos muertos y heridos; y quedaron también solas cerca de mil quinientas casas del Campo y de la Huerta». La desgracia alicantina conmovió hasta las más altas instancias de la nación y, desde

la Familia Real hasta el más vulgar de los mortales, se recaudaron «millones, muchos millones están prontos y se ponen en manos del mismo Rdo. Obispo para sanar los males».

Una reconstrucción de casas, pueblos e iglesias sustituyó a lo que los maléficos embates habían destrozado: «Ya no se celebran en Barracas las funciones del Culto Divino». Ni que decir tiene que la devoción al Santo, ahora ya con mayúscula, a partir de entonces y hasta ahora mismo quedó profundamente enraizada en estas tierras alicantinas del sur: «Se implora su protección, se buscan sus imágenes, pinturas y estampas; se erigen Altares; se reúnen Cofradías para darle culto; se hacen votos y Novenas; y en la Catedral se ha erigido Altar en honor de San Emigdio».

El opúsculo finaliza adjuntando la ya famosa *Novena...* en honor del «glorioso Mártir Emigdio», santo que, al parecer, a la edad de veintitrés años abandonó la idolatría a la que se había entregado desde niño, consiguió que los templos paganos fueran asolados por terribles terremotos que los destruyeron y, finalmente, debido a su extrema militancia religiosa, acabó con su cabeza cortada, que «con bizarra fineza» conservó entre sus manos.

Uno de los más célebres viajeros por la España del primer tercio del siglo XIX, Richard Ford, a su paso por la comarca de la Vega Baja del Segura⁴², también se refiere, entre otras cosas, a los terremotos que suelen irrumpir repentinamente en la provincia alicantina: «El Segura divide la ciudad en dos y fertiliza una de las llanuras más ricas del mundo: la vegetación es gigantesca y las adelfas son verdaderos árboles. Según dice el proverbio, las llanuras de trigo de Orihuela son independientes incluso de la lluvia: «Llueva o no llueva, trigo en Orihuela». La comarca de la Vega Baja, según Ford, «está muy expuesta a terremotos». Y el viajero no duda en utilizar su fino sarcasmo inglés para recordar al patrono protector de los seísmos: «Hubo uno, en marzo de 1829, que destruyó muchas aldeas, y sobre todo Torre Vieja, cerca del mar, y su laguna. San Emigdio, el santo patrono especial contra los temblores de tierra ha perdido buena parte de su reputación desde entonces...» Y, claro, en su descripción, como en la de tantos visitantes por estos lares, no podía faltar una descripción sobre el oasis exuberante que representaba Elche en medio de aquel páramo seco: «En toda Europa no hay más que un Elche: es una ciudad de palmeras, en la que lo único que falta son los beduinos, porque su clima es oriental».

Otro de los ilustres viajeros que quisieron conocer de primera mano los destrozos causados por el temblor de tierra de 1829 fue Samuel Edward Cook Widdrington, «geólogo y disecador de pajaritos, hombre corpulento y envarado, que se las da de filósofo..., más entendido en personas que en cuadros pues no acierta a distinguir un Murillo de un palo mayor», tal y como lo definiera su compatriota Richard Ford; decidió acortar su nombre y llamarse, simplemente, Capitán Cook, en homenaje al célebre explorador inglés. El inquieto viajero que, sin embargo, y al decir de Ian Robertson,

42. FORD, Richard: *Manual para viajeros por los reinos de Valencia y Murcia y lectores en casa*. Turner. Madrid, 1982.

compró dos Grecos y un Ribalta para su colección, llegó por primera vez a España en octubre de 1829 (más tarde realizó otro en 1843). Pasando por Madrid se adentró en Andalucía y, poco después, se empeñó en conocer los estragos que había causado el terremoto de ese mismo año en la zona alicantino-murciana. En su primer libro sobre este país, *Sketches in Spain during the Years 1829, 30, 31 and 32* (London, 1834), nos cuenta sus experiencias en Alcoy, Alicante, Torrevieja, Guardamar y Orihuela. Como quiera que el lugar más castigado habría sido Torrevieja, hacia él se dirigió Cook, cerciorándose que del pueblo tan sólo había quedado un montón de ruinas: «sólo permanecían en pie, en sus alrededores, los molinos de viento a los que su peculiar construcción arquitectónica, circular, defendió de los efectos destructores de las terribles sacudidas del suelo». Según le comentaron a Cook mientras circulaba por las calles llenas de escombros de aquella ciudad fantasma, el temblor de tierra se presentó, como solía, de improviso: «al atardecer, mediante una ondulación de Oeste a Este que, en poquísimos segundos, produjo considerables estragos costando la vida, en Torrevieja, a unas treinta personas en su mayor número de gente que transitaba por las calles en ese momento, y que la perdieron al desplomarse las paredes exteriores de los edificios». Cook no tuvo más remedio que alojarse en la posada del pueblo que se encontraba absolutamente en ruinas y con algunos sospechosos agujeros en el techo por donde se colaba la intrusa y sonriente luz de la luna. Ésta fue su descripción de la habitación utilizada en esa inquietante noche: «me ponen una limpia cama en el suelo; las vigas del techo han sido fuertemente atadas con cuerdas a paredes y puntos de resistencia; pero me aseguran que puedo dormir tranquilo y que nada debo de temer si se produjese, de noche, alguna otra sacudida». Menudo consuelo.

Pero no todas las calamidades que sufrían los alicantinos se debían a la furia de los elementos. También había ocasiones en que al clima árido y la falta de agua en que debían subsistir los habitantes de algún lugar se unía el abandono de la corona hacia sus súbditos. Éste, con toda seguridad, era el caso de aquellas sesenta y ocho familias y treinta y dos individuos que vivían solos, que fueron rescatados en época de Carlos III de la tunecina isla de Tabarka y realojados en la isla Plana o de San Pablo, frente a las costas santapoleras. Lo que en deseos del conde de Aranda iba a ser una sociedad laboriosa y feliz, pronto se convirtió en lugar lóbrego y triste donde los proyectos perfectamente planificados sobre el papel jamás se llevaron a cabo. Las desventuras de aquellos primitivos colonos de apellido genovés (Russo, Parodi, Luchoro, Chacopino, Belando, Pitaluga...) son para poner los pelos de punta al observador más imparcial. Como al inglés Richard Twiss, hijo de un rico comerciante establecido en los Países Bajos.

El joven heredero bien pronto conoció el placer de realizar el «grand tour», viaje prácticamente obligado para todos los ingleses de buena familia. Tras sus recorridos por Inglaterra, Escocia, Flandes, Suiza, Francia e Italia, visitas obligadas para un caballero en viaje de formación, se atrevió, insensato de él, con el itinerario prohibido que todo el mundo soñaba y ninguno osaba a realizar: España.

Poco sabemos de la vida y milagros del joven Twiss, aparte los siete meses que pasó en nuestro país y de los que dejó constancia en su obra *Travels Through Portugal*

*and Spain, in 1772 and 1773*⁴³. Pero si lo suficiente para asegurarnos que los negocios no iban con él: en plena Revolución Industrial se convirtió en empresario arruinado tras un descabellado proyecto de obtención del papel a partir de la paja.

Richard anduvo tan sólo cinco días por tierras alicantinas, siempre acompañado por el cónsul inglés en la zona. Uno de esos días lo dedicó a realizar una excursión a Tabarca, viaje que le dejó tremendamente impactado: «Esta isla tiene tres millas de perímetro y es tan árida que no hay árboles en ella, ni una gota de agua, excepto la que se trae del continente. Tiene alrededor de 400 habitantes, todos españoles rescatados, a expensas del rey, de la esclavitud en que permanecían en Berbería (...) Esta pobre gente vive libre de rentas y durante el primer año, cada uno dispuso de una asignación de nueve peniques al día otorgada por el gobierno. Sobre la puerta de entrada hay una inscripción en latín y español que dice que el conde de Aranda hizo que esta colonia se estableciera durante el reinado de Carlos III, en 1771. Ellos dicen que en la actualidad están en una situación más penosa que cuando se encontraban en cautividad: no se les permite desembarcar en el continente, y a menudo están angustiados por las provisiones y el agua, cuando el tiempo está revuelto y no permite a los barcos llegar hasta la isla. Han logrado montar una fábrica de cuerdas, cuyos beneficios apenas les dan para no morir de hambre...»

Una opinión semejante a la que nos dejaría un ilustre viajero valenciano, Francisco Pérez Bayer, una de las figuras más destacadas de la Ilustración española, cuando también se atrevió con la visita a la isla en 1782, tal y como nos lo dejó escrito en su viaje desde Valencia a Andalucía y Portugal⁴⁴: «Oímos misa y corrimos muy breve aquella población y toda la isla, reducida hoy a solas veinte familias tabarquinas de más de ochenta que fueron las de sus primeros pobladores o colonos. Nos causó gran compasión el estado de aquellas miserables gentes, faltas enteramente de agua, leña y todo lo necesario para la vida humana, sin pan, sin vino y sin medios para adquirirlo; y aún teniéndolos, sin arbitrio para comprarlo si no viene el barco de Alicante que diariamente les provee; y en ocasiones suele faltar o retardarse por los vientos contrarios, lo que si sucede, se ven en grandes apuros, porque no hay repuesto. Su vestido es correspondiente y el aspecto de las casas y sus muebles, porque aunque éstas son muy razonables y cómodas y todas uniformes al modo de las de la Barceloneta, y las calles tiradas a cordel y muy alegres, como las más están deshabitadas y son de la piedra que llaman franca, de suyo caduca y deleznable, se van de cada día desmejorando, y últimamente vendrán a desplomarse del todo (...) Fácil es de discurrir que aquella pobre gente, hostigada de su necesidad, procuraría dárnosla a entender, como lo hicieron algunos manifestando costarles harto rubor, y es también creíble que el arcediano y canónigo, mis compañeros y todos nos esforzásemos y moviésemos a compasión, pero esto fue un socorro corto y pasajero, y la necesidad es grande y diaria, y cada día ha de ser

43. TWISS, Richard: *Viaje por España en 1773*. Edición de Miguel Delgado Yoldi. Cátedra. Madrid, 1999.

44. PÉREZ BAYER, Francisco: *Viajes literarios*. Edición de Antonio Mestre, Pablo Pérez y Jorge Antonio Catalá. Alfons el Magnànim / IVEI. Valencia, 1998.

mayor si su majestad no toma con esta infeliz gente alguna providencia que los saque de aquella miseria».

De todas formas, me apresuro a indicar que, para hablarnos de catástrofes y enfermedades en Alicante, ningún viajero tan capacitado, por su ingenio y sabiduría, que el reverendo Joseph Towsend. Nacido en la Inglaterra de 1739, hijo de un rico hacendado, este clérigo inglés que se aventuró en un interesante itinerario por nuestro país, *Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787)*⁴⁵, recibió cálidos elogios del español Blanco White⁴⁶: «Pocos forasteros pueden igualarse a Towsend, tanto por la objetividad y gracia de sus descripciones como por la abundancia de informaciones útiles profundas con que nos ha obsequiado». Tras su primer año de estancia en España, el reverendo Towsend, que ha conocido personalmente a Campomanes, Floridablanca, Cabarrús y ha sido presentado al monarca Carlos III, llega en primavera a Alicante: «Protege la ciudad un castillo construido sobre la cima de una montaña a la cual la población había aprendido a mirar con confianza cuando era atacada por algún enemigo; sin embargo, en la actualidad provoca más bien terror, pues contiene grandes rocas muy astilladas que cuelgan sobre el vacío y amenazan destruir una parte del casco urbano». Más tarde, el viajero británico se adentra en el territorio montañoso de la comarca alicantina recorriendo el Cabeçó d'Or: «Esta elevada cadena montañosa se encuentra expuesta a todas las tormentas, y dista mucho de ser un lugar deseable para vivir, pues los rayos rompen contra ella con una violencia poco común, y los truenos resuenan en sus innumerables peñas». Por si faltaba algo, Towsend añade un dato sobrecogedor de estos lugares: «El territorio sufre con frecuencia fuertes terremotos».

En la excursión por Busot, el clérigo inglés no puede evitar referirse a una de las plagas más devastadoras que asolan la escasa y pobre agricultura de por aquí: «Llegados a este punto, podría describir con detalle la historia natural de la langosta, pero esta tarea ha sido ya tan bien realizada por el sensato Bowles, que la referiré muy brevemente. El que estos voraces insectos produzcan grandes devastaciones en la zona meridional de España se debe no sólo a su cálido clima, sino también a la falta de cultivos, pues las hembras sólo depositan sus huevos en zonas desérticas, nunca en lugares cultivados».

La comarca de Alicante representa, también, para Towsend un foco característico de una enfermedad corriente: «la fiebre intermitente, causada aquí no sólo por la miasma de los pantanos, sino también por las grandes cantidades de melones y sandías que comen los campesinos, y por el duro trabajo que éstos tienen que realizar expuestos al sol abrasador. Para tratar esta enfermedad, sangran cuatro veces al paciente cuando muestra los primeros síntomas, y le hacen beber limonada. Al cabo de siete o, como mucho, catorce días se recupera, si es que la muerte no le ha sorprendido antes. La quinina se administra, siempre en pequeñas cantidades, cuando alguna obstrucción visceral así se lo aconseja al médico. Se dice que completa la cura». El viajero continúa, ahora de forma más irónica si cabe, sobre las medidas adoptadas por los lugareños

45. TOWSEND, Joseph: *Viaje por España en la época de Carlos III. 1786-1787*. Prólogo de Ian Robertson. Turner. Madrid, 1988.

46. BLANCO WHITE, José: *Cartas de España*. Alianza. Madrid, 1972.

para atajar las calamidades: «Por fortuna para la gente, los médicos no son la única esperanza que tienen a la hora de afrontar las enfermedades que aquejan a la naturaleza humana. Poseen otras más, que nunca les falla en sus momentos de aflicción. San Antonio Abad, por ejemplo, protege a sus devotos del fuego; San Antonio de Padua les salva del agua; en Santa Bárbara encuentran refugio las personas miedosas en tiempos de guerra o tempestad; San Blas cura las enfermedades de la garganta; Santa Lucía las de la vista; San Nicolás es el patrón de las jóvenes que desean casarse; San Ramón es el protector de las gestantes; San Lázaro ayuda a la gente en el trabajo; Santa Apolonia conserva los dientes; Santo Domingo cura la fiebre, y la gente invoca a San Roque ante el temor de una plaga. De este modo, cuando sufren cualquier enfermedad o aflicción, tienen siempre algún santo al que acudir en busca de alivio».

En épocas de calamidad de calamidad general, cuando la peste y el hambre afectan a toda la comunidad, y los protectores habituales no escuchan con demasiada atención sus plegarias, Townsend nos recuerda que «se realizan procesiones públicas y se exhibe la *Santísima Faz*. Esta reliquia sagrada, al igual que su rival, el *Santísimo Sudario* que guarda la catedral de Oviedo junto con otros valiosos tesoros, es una reproducción exacta de la cara del Redentor, que Él mismo dejó impresa en el paño de la Verónica (...) Últimamente no ha dejado pruebas auténticas de su eficacia contra la peste o el hambre; pero inmediatamente después de que en 1489 fuera llevada en procesión a raíz de una prolongada sequía, las refrescantes lluvias hicieron acto de presencia; y desde entonces ha sido considerada como el tesoro más rico de la Huerta».

Enfermedades

De las muchas plagas que asolaron nuestra provincia en el siglo XIX, traemos a su consideración dos de los muchos ejemplos que podemos seguir en las crónicas viajeras. El primero, sobre la fiebre amarilla, el de Joaquín Lorenzo y Jaime Villanueva. Estos hermanos, clérigos valencianos, resultaron un fiel exponente de aquellos españoles que, marcados por el año 1808, sufrieron un paso acelerado del antiguo al nuevo régimen. Y si Joaquín Lorenzo ya tenía por entonces una importante obra publicada, no podemos decir lo mismo de su hermano menor, Jaime. Fue a partir de 1802 cuando ambos hermanos recibieron el encargo de recopilar la historia de los antiguos ritos religiosos en España, aunque más tarde la magna obra⁴⁷ derivaría por otros caminos. Se trataba de desempolvar viejas tradiciones que otorgaban a los monarcas españoles el poder de elegir a los obispos divergiendo, si hiciera falta, con las decisiones del papa de Roma. Era, en suma, el enfrentamiento típico del siglo XVIII entre regalistas y vaticanistas. De ese largo trayecto emprendido por Jaime durante varios años fueron viendo la luz los veintidós volúmenes que componen el *Viage literario por las iglesias de España*⁴⁸. Pero no es éste el relato que nos ocupa.

47. SOLER PASCUAL, Emilio: *El viaje literario y político de los hermanos Villanueva*. Biblioteca Valenciana. Valencia, 2003.

48. Vid. VILLANUEVA, Joaquín Lorenzo y Jaime: *Viage literario por las iglesias de España*. Introducción de Emilio Soler Pascual. Obra completa en CD. Facsímil Ediciones. Valencia, 2002.

Joaquín Lorenzo, cuyos escritos habían transcurrido hasta el año 1808 por unos senderos de rancio conservadurismo y plagados de polémicas con algunos librepensadores de la época, como el obispo Grégoire de Blois, diputado a la Asamblea francesa. Pero el tono de los escritos del mayor de los Villanueva cambió con la toma de Madrid por las tropas napoleónicas. Los dos hermanos, tal vez influidos por su origen setabense, juraron odio eterno a aquel nuevo conquistador galo y marcharon hacia Xátiva. En camino hacia su patria natal, Joaquín Lorenzo recibió la notificación de haber sido elegido diputado por Valencia en las Cortes que deberían reunirse en Cádiz. De su actuación posterior en la ciudad atlántica convertida en muralla defensiva contra los franceses, cabe señalar que el rancio Joaquín Lorenzo se contagió del liberalismo imperante y dio un giro radical a su pensamiento político. De ello queda muestra en su destacado papel en la expulsión de los jesuitas, la clausura de conventos, la desamortización de bienes eclesiásticos y, por si faltara algo, la abolición de la Inquisición.

Pero, ¿cómo llegaron los hermanos Villanueva al Cádiz de las Cortes? Para tratar de explicarlo nos remitiremos al relato que nos dejara el propio Joaquín Lorenzo en su obra *Mi viaje a las Cortes*⁴⁹. El 28 de julio de 1810 se encontraban en Cartagena esperando, junto a otra veintena de diputados electos, la inminente partida hacia la ciudad gaditana. Pero, unas veces porque el barco no se hallaba acondicionado del todo, otras porque los corsarios andaban haciendo de las suyas frente a las costas granadinas y se aconsejaba no emprender la travesía, o porque los franceses estaban a punto de caer sobre la ciudad departamental, el caso es que las semanas iban pasando y los diputados seguían anclados en Cartagena. Las protestas de sus señorías al gobernador de la plaza, Gabriel Ciscar, y al Supremo Consejo de Regencia caían en saco roto. Y de repente, todo se complicó todavía más. Una epidemia de fiebre amarilla se introdujo en la capital departamental y Joaquín Lorenzo, temeroso, propuso partir en calesa hacia la vecina Torrevieja que, por el momento, se hallaba limpia de la peste. Claro es que, al entrar la pintoresca comitiva en la ciudad de la sal un 11 de septiembre de 1810, «se alarmó aquella junta de sanidad» por si acaso sus señorías eran portadoras de la contagiosa y maldita enfermedad, decidiendo las autoridades «ponerles en cuarentena de observación en el fuerte nuevo y las casillas recién hechas en su rededor». Otros fueron «colocados en la casa llamada de la Torreta».

Desde su cautiverio sanitario, los traumatizados diputados continuaron con su avalancha de peticiones por escrito pero, por una vez que sí encontraron navíos disponibles, se les previno de la imposibilidad que *subieran* a bordo a causa «de las precauciones de ordenanza con respecto a la salud pública» y que el gobernador de Alicante no les podía autorizar su salida hasta que «por la junta de sanidad de Torrevieja quedásemos expeditos de la cuarentena...» Cuando ya habían transcurrido ocho largos días de observación, los diputados requirieron al presidente de la junta de Valencia,

49. VILLANUEVA, Joaquín Lorenzo: *Mi viaje a las Cortes*. Edición de Germán Ramírez Aledón. Diputación de Valencia. Valencia, 2002.

Bassecourt, para que les autorizase a embarcar, a lo que éste contestó «que resolvería en teniendo noticias del estado de la epidemia en Cartagena. Por su parte, el médico torrevejense que les atendía deseoso de que marcharan de su pueblo «sujetos tan peligrosos», no dudó en redactar un certificado dirigido a la Junta Superior del Reino en el que hacía hincapié en el «estado robusto de nuestra salud» y «haciendo presente que llevábamos doce días de rigurosa observación, y lo expuestos que estábamos a enfermar por la estrechez e incomodidad de nuestros alojamientos y por la edad avanzada de alguno de nosotros».

Sus peticiones, por fin, parecieron hallar acomodo en una fragata y se aprestaron a la marcha tras haber sido desinfectadas todas sus pertenencias, «de suerte que al anochecer estábamos ya en comunicación con el pueblo y alojados en sus casas, donde permanecemos muy obsequiados por toda la vecindad». Pero, una vez más, sus gozos se vieron en un pozo cuando el comandante advirtió en su buque «ciertas enfermedades que, examinadas por la junta de sanidad de Alicante, habían sido calificadas de fiebre amarilla, por cuya causa le mandaban ir al lazareto de Mahón».

Finalmente, y tras otra larga serie de peripecias, a cada cual más rocambolesca, el 10 de octubre de 1810, «a las cinco de la mañana, dimos la vela para Cádiz», puerto al que arribaron, final y felizmente, trece días después.

La viajera inglesa Elizabeth Vassall Fox, lady Holland, a la que ya nos hemos referido anteriormente, se mostró muy preocupada por las enfermedades, en general, que asolaban la península pero, muy especialmente sobre la viruela. Su diario por tierras valencianas, en palabras de su editor Mariano Casas, refleja la importancia que esta dama otorgaba a los temas médicos, especialmente tras su paso por la alicantina Orihuela. Habla de la vacuna y de la implantación de ésta, pero también de la influencia positiva del clima en la salud de sus hijos y de los magníficos que resultaban los baños en el mar, de las consecuencias funestas del cultivo del arroz, diabólica polémica que había enfrentado en la centuria ilustrada a intelectuales como Cavanilles, contrarios al mismo, y a Franco, partidario de los intereses de los grandes terratenientes valencianos. Pero, sobre todo, le preocupa a Elizabeth las infecciones que observa en los ojos de los habitantes de Orihuela que ella atribuye, sin dudar, a las plagas de viruela. La inglesa anota en su diario los progresos que la práctica de la vacuna iba consiguiendo mientras ella se encontraba en la capital alicantina del río Segura. Según su narración, la viruela había causado numerosas víctimas en la ciudad en 1799 y la población fue rápidamente alertada para proceder a la inoculación o vacunación contra la enfermedad. En cualquier caso, lady Holland era partidaria decidida de adoptar los nuevos avances científicos de Jenner para detener las epidemias de viruela.

Curiosamente, y mientras Elizabeth estaba en Orihuela sumamente preocupada por los perniciosos efectos de la viruela, un médico alicantino, Francisco Xavier Balmis, emprendía una filantrópica expedición al Nuevo Mundo donde, durante varios años, él y su segundo en la expedición, el catalán Josep Salvany, llevaron a cabo una vacunación masiva que salvó miles de vidas y estableció los primeros pasos en la crea-

ción de una red de vacunación masiva que, años después, pondría fin a una de las plagas más importantes de la historia de las enfermedades⁵⁰.

La viruela era una de las más penosas enfermedades que los europeos habían llevado a las Indias y que habían contribuido a que la mortalidad de los indígenas alcanzara cifras inimaginables⁵¹. Unas plagas que al decir de Jorge Juan y Antonio de Ulloa no eran «continuas, pues intervienen siete, ocho o más años sin haberlas; pero cuando reina este achaque quedan asolados los pueblos. En parte proviene de la calidad maligna de ellas, y en parte de que no hay médicos que les asistan...»⁵²

La preocupación de la administración colonial española, pues, sobre los espantosos estragos de la viruela era continua debido a esas altísimas cifras de mortandad que alcanzaban a la población aborígen americana. Pero no fue hasta el año 1804, más de trescientos después de la conquista y colonización, cuando la corona española pudo comenzar a paliar aquella temible plaga, uno de los peores azotes de la humanidad hasta el descubrimiento de la vacuna por parte del médico rural inglés Edward Jenner a finales del siglo XVIII.

Francisco Javier Balmis, un cirujano alicantino de Carlos IV, monarca que había padecido en su real familia los embates de la terrible enfermedad⁵³, convenció fácilmente a Manuel Godoy, que aceptó la propuesta en forma entusiasta, y al soberano, para preparar una expedición que portase a América la vacuna recién descubierta. Una vez que el gobierno español otorgó sus bendiciones a tan humanitario acto, quedaba por resolver el aspecto más importante: cómo se iba a conservar el virus que habría de inocularse entre la población indígena. Balmis lo solventó llevando en su equipo a unos niños pertenecientes a un orfanato gallego que, por las inoculaciones sucesivas, conservarían en vivo el poder inmunizador de la vacuna. Con la aceptación de la corona, Balmis fue nombrado director de esta expedición benefactora, preparada anteriormente y al alimón por el médico venezolano Felipe Flórez⁵⁴ y los españoles Gimbernat, Lacaba y Galli. El doctor catalán José Salvany fue elegido como vice-director de la misma, con la misión de recorrer América de punta a cabo. Flórez había sido muy explícito en su informe a la Junta de Cirujanos de Cámara sobre la conveniencia de realizar una campaña de vacunación en América: «por desgracia, el tejido cutáneo de los indígenas es de una complexión funesta delante de esta enfermedad, y la circunstancia

50. TUELLS, José y RAMÍREZ, Susana: *Balmis et. Variola*. Generalitat Valenciana. Conselleria de Sanitat. Valencia, 2003.

51. SOLER PASCUAL, Emilio: «Una expedición tan gloriosa, que será envidiada de todas las naciones (La aventura americana del Doctor Balmis)», en: *Homenaje al profesor Antonio Mestre*. Universidad de Alicante. Alicante, 2005.

52. SOLER PASCUAL, Emilio: *Los viajes de Jorge Juan y Santacilia*. Ciencia y política en la España del XVIII. Ediciones B. Barcelona, 2002.

53. BALAGUER, Emilio y BALLESTER, Rosa: *En el nombre de los niños. La Real Expedición Filantrópica de la Vacuna (1803-1806)*. Asociación Española de Pediatría. Monografías, 2.

54. ARCHILA, R.: «La expedición Balmis en Venezuela», en: *Actas del IV Congreso Panamericano de Historia de la Medicina*. Guatemala, 1969.

en que se encontraban cuando la padecían por primera vez la hacía extraordinariamente maligna y mortal... esta es la primera y principal causa de la despoblación en aquellos lugares...»⁵⁵

Balmis, con bastante experiencia relacionada con las enfermedades habituales que sufrían algunas colonias españolas de ultramar, y que acababa de traducir al castellano el *Tratado histórico y práctico de la vacuna*⁵⁶, escrito por el doctor J. L. Moreau de la Sarthe, presentó el 18 de junio de 1803 un *Informe* al ministerio y un *Derrotero* para conducir con la más posible brevedad la vacuna un Reglamento verdadera y asegurar su feliz propagación en los cuatro virreinos de América, provincias de Yucatán y Caracas y en las Indias Antillas. En siete apartados perfectamente diseccionados, Balmis exponía el itinerario que convendría seguir, las dificultades que, previsiblemente, se iban a encontrar y la posibilidad de difundir la vacuna en otros lugares que no se contemplaban a priori dentro del itinerario básico o elemental. El *Derrotero* incluía, también, la posibilidad de marchar hacia Filipinas para continuar la labor comenzada en el virreinato de Santa Fe por el médico de cámara Lorenzo Vergés⁵⁷. No obstante el perfecto plan trazado, el consenso político en las alturas y la necesidad de esta misión humanitaria, Balmis todavía tuvo que sortear diversas y profundas dificultades en la Corte antes de poder dirigirse a su destino americano, problemas que llegaron, básicamente, de la Junta de Cirujanos de Cámara, tal vez celosos del protagonista que adquiriría el médico alicantino y las dificultades de tesorería de la maltrecha Hacienda española.

Por fin, y pocos meses después, el 30 de noviembre de 1803, partió del puerto de La Coruña la corbeta «María Pita» en dirección hacia América. Balmis y Salvany, acompañados de diversos colaboradores y 22 niños, que habían pasado la enfermedad pues la vacunación debía de realizarse de brazo a brazo, procedentes de la Casa de Expósitos de aquella ciudad, con su directora Isabel López Gandalla al frente, emprendían una de las misiones humanitarias españolas más importantes de la historia colonial. El profesor Balaguer, entusiasta seguidor de la epopeya de Balmis y su expedición, resalta que la actitud sumamente metódica del cirujano alicantino fue una de las causas del éxito que les acompañó en su aventura. Planificación que se demuestra en una serie de advertencias y consejos que Balmis distribuyó entre sus colaboradores: 1) la necesidad de observar la influencia de la vacuna en las enfermedades comunes y de fijar estos resultados con la máxima exactitud posible; 2) observar también, en el límite de la botánica y de la medicina, la historia natural, la industria y el arte, en una especie de estudio antropológico; 3) documentarse sobre cuales eran las enfermedades típicas de cada país, sus síntomas y los regímenes curativos. Junto a estos consejos,

55. BALAGUER I PERIGUELL, Emili: *Balmis o L'esperit de la Il·lustració espanyola*. Consell Valencia de Cultura. Generalitat Valenciana. Valencia, 1996.

56. BALAGUER, Emili (Estudio introductorio): *Tratado histórico y práctico de la vacuna*. Por J. L. Moreau de la Sarthe. Traducido por Francisco Xavier Balmis. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante, 1986.

57. RAMÍREZ MARTÍN, Susana María: *La salud del Imperio, La Real Expedición Filantrópica de la Vacuna*. Fundación Jorge Juan. Madrid, 2002.

Balmis hacía hincapié en la necesidad de buscar la máxima eficacia en la conservación y difusión de la vacuna.

Las experiencias médicas comenzaron ya en la isla de Tenerife, continuando en América en La Habana, Puerto Rico y la península del Yucatán. En este punto de la costa mejicana se dividieron en dos grupos: uno, dirigido por José Salvany, que falleció en esta campaña, se dirigió hacia Perú, Colombia, Bolivia y hasta Buenos Aires. El otro grupo, dirigido por Balmis, extendió su labor incansablemente por todo Méjico⁵⁸ y, según afirma el profesor Llorca⁵⁹, allí tuvo la fortuna de encontrar, junto a Puebla de los Ángeles, a un grupo de vacas, denominadas «cow pox», o sea, poseedoras del antídoto contra la viruela, que le permitía disponer en el futuro de vacunas frescas.

Meses después, y tras haber cumplido con creces sus objetivos en Méjico, la vacuna fue llevada por el propio Balmis a las islas Filipinas, Cantón y Macao. Gracias a la idea del médico alicantino, los grupos vacunados en otros lugares se iban transmitiendo entre sí los beneficios inmunológicos, actuando en forma piramidal, pudiendo llegar la vacuna a lugares donde los expedicionarios difícilmente hubieran podido imaginar cuando salieron de España⁶⁰ y salvando, de este modo, la vida a centenares de miles de personas, tantas o más, según señala la profesora Arquiola⁶¹, como costaron las guerras napoleónicas. Una expedición de la vacuna «cósmopolita y filantrópica –en palabras de su protector y promotor, Manuel Godoy⁶²– que honrará para siempre la memoria y el reinado del benéfico Carlos IV».

Otra de las grandes epidemias que asolaban las tierras alicantinas era la del cólera morbo y para dejar testimonio de ella, nada mejor que las increíbles aventuras del galo Jacques Boucher de Perthes durante su lazareto alicantino. Los cronistas modernos de Alicante nos recuerdan que las principales epidemias de cólera morbo tuvieron lugar en la capital alicantina en los años 1834, 1854 y 1865, pero que en otros años también tuvieron lugar brotes de cólera aunque con menor intensidad. Durante estas terribles plagas, la ciudad procuraba evitar el contagio sometiendo a la población al aislamiento, controlando las entradas de personas y alimentos, fijando los lugares a los que debían dirigirse quienes sintieran síntomas de probable invasión aunque, en el fondo, esas medidas no sirvieran de gran cosa. Precisamente, en 1854 murieron dos mil alicantinos, un diez por ciento de la población total de la ciudad. Entre las víctimas se encontraba el gobernador civil Trino González de Quijano que, al decir de las crónicas, se contagió mientras asistía personalmente a los infectados por el mal.

58. FERNÁNDEZ DEL CASTILLO, F.: *Los viajes de Don Francisco Xavier de Balmis*. 2 vols. México, 1985.

59. LLORCA BAUS, Carlos: «Balmis y el 180 aniversario de la expedición de la vacuna», en: *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*. Nº 39. Alicante, 1982.

60. ALBEROLA, Armando y LA PARRA, Emilio (Ed.): *La Ilustración española*. Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Alicante, 1985.

61. ARQUIOLA, Elvira: «La Expedición Balmis y la difusión de la vacuna», en: *La ciencia española en ultramar*. Doce Calles. Madrid, 1991.

62. GODOY, Manuel: *Memorias*. Op. Cit. Vol. I.

Un año después, en 1855, apareció por Alicante Jacques Boucher de Perthes, nacido en la ciudad de Rethel en 1788, hijo de un director de las aduanas francesas y joven de acomodada posición. Jacques, de muy joven, se interesó por los estudios arqueológicos, efectuando numerosos viajes al extranjero. Pronto entró al servicio de Napoleón III, quién no dudó en encargarle diversas misiones por la compleja geografía política del siglo XIX. Así, Boucher visitó Constantinopla, Argelia, Siberia, los países Bálticos, Alemania y Escandinavia, publicando innumerables artículos a lo largo de su vida sobre temas arqueológicos y, desde luego, los relatos de sus viajes.

Durante el año 1855, Boucher de Perthes debía viajar a Argelia desde Alicante. Los Bennassar⁶³ nos advierten que el viajero que nos ocupa, a pesar de sus ínfulas al respecto, no conocía demasiado bien España y que su relación del itinerario por nuestro país, *Voyage en Espagne*⁶⁴, queda en conjunto, demasiado superficial. Pero lo que sí resulta magistral en su relato es la descripción que nos deja de su estancia en Alicante cuando le tocó vivir una de las muchas epidemias de cólera morbo que asolaron la capital durante el siglo XIX.

Bien. Ya tenemos a Jacques Boucher de Perthes en la ciudad alicantina en el año de desgracia de 1855. Como quiera que la fatal epidemia del año anterior había supuesto una descomunal sangría entre la población, pronto se adoptaron medidas protectoras ante lo que podía ser una nueva y grave epidemia. Muy crítico con las medidas adoptadas, le pareció que la cuarentena a la que estuvo sometido en la ciudad estuvo muy mal administrada y que, por lo tanto, quedaban invalidadas las medidas higiénicas que en teoría se adoptaban. Pero mejor leamos lo que sobre este espinoso asunto nos dejó escrito el viajero galo: «Esta estúpida cuarentena que permitía comunicar con los guardianes y los animales era una situación que me sacaba de mis casillas, cada vez se inventaban nuevas vejaciones...» Más adelante continúa mostrando su desagrado ante la rocambolesca situación a la que se encuentra abocado: «Ante mi estupefacción por lo que sucedía, los pacientes vigilados sufrían esa situación sin decir nada y no sé si yo estaba más encolerizado por la insolencia de los vigilantes o de la laxitud de los hombres que la toleraban...»

Boucher, una vez alojado en el hospital, se vio obligado a completar su menaje doméstico para los días que le tocara pasar allí por la cuarentena. Una vez conseguido todo su ajuar, se encontró que necesitaba un vaso para beber y otro para sus evacuaciones fisiológicas nocturnas... Buscando entre las habitaciones, observó que un compañero de desgracias disponía de dos sandías, una de las cuales estaba repartiendo entre algunos amigos. Jacques se percató de que sus problemas tendrían rápida solución si el poseedor de esas joyas quisiera venderle uno de los melones, conocidos como de Argel. Por un precio bastante superior al de su valor, la ley de la oferta y de la demanda,

63. BENNASSAR, Bartolomé et Lucile: *Le voyage en Espagne. Anthologie des voyageurs français et francophones du XVI^e au XIX^e siècle*. Robert Laffont. París, 1998.

64. BOUCHER DES PERTHES, Jacques: *Voyage en Espagne et en Algérie en 1855*. Treuttel et Wertz. París, 1859.

el visitante galo obtuvo el preciado fruto: «La sandía era de buen tamaño, de forma conveniente: la corté en dos, la vacié la pulpa con mi cuchillo y tuve, de esta manera, dos recipientes limpios a mi disposición, un vaso para el agua y un orinal». Pero, para desgracia de Boucher, la noche tan sólo acababa de empezar: «La fatiga superaba a mis preocupaciones más inmediatas y, no obstante, las pulgas que me estaban devorando y los zumbidos siniestros de los mosquitos que me acosaban, comenzaba ya a dormirme cuando fui despertado por un ruido de pisadas». Se trataba de los celadores del hospital que, entre risotadas y juramentos malsonantes, iban a acomodarse entre los supuestos portadores de la terrible enfermedad ¡para dormir junto a ellos!.

Pero, para el pobre viajero francés, lo peor todavía estaba a punto de llegar: «Como quiera que los vigilantes habían cerrado las ventanas, el aire no circulaba; el calor aumentaba y el horrible olor era insoportable». Jacques, al borde de la desesperación, se atrevió a abrir uno de los postigos, lo que de inmediato atrajo a miles de mosquitos: «Todo lo que no estaba cubierto, mis manos, mi rostro, mis piernas y mis pies, pues sus aguijones atravesaban mis medias, fueron de inmediato acribillados por picaduras y comezones atroces». Por si le faltaba algo, que parece que no, la primera noche del viajero galo en el hospital alicantino en aquel malhadado año de 1855 tuvo un final de comedia cuando un murciélago, atraído por la luz y los mosquitos, se introdujo por la ventana en la habitación causando un revuelo considerable entre los supersticiosos españoles que, al no encontrarlo, creyeron que había poseído a alguno de aquellos desgraciados sospechosos de contagio.

No tenemos constancia de que Jacques Boucher de Perthes volviera nunca más por Alicante...